

Mediodía, Arlés, Marsella, Montpellier, Carcasona, Moissac, Albi, dotadas de ciertos derechos por tradición, forman personalidades morales y jurídicas, nada indica, sin embargo, que posean ya una magistratura municipal salida libremente de la elección. Las actas oficiales que prueban el gobierno autónomo de los cónsules pertenecen a un período bastante posterior a los comienzos del siglo XII.

Antes de la Reforma eclesiástica y de la Cruzada, las burguesías de Francia viven obscuramente, desconocidas casi de aquellos que escriben la historia, ocultas en las sombras de los señorios.

CAPÍTULO II

LOS GRANDES SEÑORÍOS Y LAS DINASTÍAS PROVINCIALES

I. Los grandes señorios.—II. El Norte.—III. El Mediodía.—IV. Las dinastías. Condes de Flandes.—V. La dinastía normanda.—VI. Eudo de Blois.—VII. Los fundadores del Estado Angevino.—VIII. Los duques bretones.—IX. Los duques de Borgoña.—X. Los duques de Aquitania.—XI. Los condes de Tolosa y de Barcelona.

I.—Los grandes señorios (1)

Desdeñosos de lo que pasa en el mundo de los siervos, indiferentes a la realeza decaída, los cronistas del siglo XI se fijan con preferencia en las poderosas figuras de barones, de obispos y de abades, terror ó admiración de los contemporáneos. El interés histórico se ha alejado del centro, de donde ha desaparecido el poder regulador, para desparramarse por los grandes feudos. Antes de dar a conocer las razas señoriales y las personalidades que gobernaban entonces las provincias, es preciso mostrar el teatro en que se mueve el alto feudalismo.

Los Capetos se ven reducidos a no reinar más que en la Isla de Francia, en algunos condados de la Brie, de la Beauce, del Beauvais y del Valois; país privilegiado, en verdad, donde convergen las corrientes de agua y los caminos del Norte y donde abundan las grandes forestas. Posee París, capital admirablemente situada, y Orleans, la ciudad sabia, poblada de literatos y estudiantes. Los obispos reales de Beauvais, de Noyón, de Châlons, de Laón, de Langres, y sobre todo el arzobispo de Reims, reconocen el poder directo del rey, le proporcionan dinero y soldados. Pero su dominio inmediato es muy limitado y su autoridad a menudo desconocida por los pequeños castellanos que se han multiplicado en el mismo corazón de sus posesiones; y en todas partes se levantan a su alrededor, aprisionándole, las fronteras de los grandes señorios que los siglos IX y X han visto constituirse y acrecentarse.

La Francia del Norte es el terreno histórico por excelencia, el país «de vida fuerte,» sitio de las grandes

(1) FUENTES.—Colección de los *Historiens de France*, tomos X y XI.

OBRAS DE CONSULTA.—Pfüster, *Etude sur le règne de Robert le Pieux*, 1885. F. Lot, *Les Derniers Carolingiens*, 1890. Imbart de La Tour, *Les Elections Episcopales dans l'Eglise de France, du IX au XII siècle*, 1890. Longnón, *Atlas historique de la France*, 1889. Luchaire, *Manuel des Institutions Françaises*, 1892, segunda parte. Glasson, *Histoire du Droit et des Institutions de la France*, tomo IV, 1891.

dominaciones del pasado. Es allí, precisamente, donde el nuevo régimen se ha arraigado con más vigor, y donde la religión de la Edad media ha informado más profundamente los espíritus. Sobre este dominio de la lengua de *oïl*, el feudalismo y la Iglesia reinan sin obstáculo. Allí han surgido vastos principados, que no han dejado al rey más espacio que el estrictamente necesario para vivir. En esas llanuras cultivadas ó cubiertas de árboles que se extienden hasta perderse de vista alrededor de París, las comunicaciones son fáciles, la tierra es rica y poblada. Poderosos Estados feudales, como Flandes, Anjou, Normandía, han podido fácilmente constituirse allí, prosperar y ejercer la supremacía política.

Más allá del Loira, remontando hacia la áspera región de Auvernia, y más lejos todavía, en el valle del Garona, dominado por la cordillera pirenaica, se aglomeran otros grupos de feudos dependientes de otros Estados. Es la Francia del Mediodía un país de altos terrenos, en que las montañas, las corrientes de aguas torrenciales y los valles profundos separan los señorios, aíslan los pueblos y hacen imposible la unidad impuesta por un poder fuerte. La Francia meridional, dividida en fragmentos por tantos obstáculos naturales, no tiene centro; tiene, sí, muchas grandes villas: Limoges, Burdeos, Tolosa, Montpellier, Nimes; pero ninguna verdadera capital. La enorme barrera de la Meseta Central obliga al Mediodía a orientarse, preferentemente, hacia el Mediterráneo, Italia y hasta España. Allí se encuentran sus afinidades más fuertes, sus relaciones de comercio, de arte, de literatura y de amistad.

Esas dos Francias eran entonces profundamente distintas. La Edad media dió aún por mucho tiempo el nombre comprensivo de «Aquitania» al país limitado por el Loira, el Mediterráneo y el Océano. Aunque políticamente formase parte integrante del reino capeto, se seguía aún oponiendo uno a otro los dominios étnicos de «Aquitania» y de «Francés.» Desde el siglo X, ya no existía de hecho la realeza en Aquitania: el feudalismo de los duques y de los condes la había reemplazado; y sin embargo, la idea y la palabra de *reino* no habían desaparecido. «Reyes de los franceses y de los aquitanos,» así se titulan á veces los primeros soberanos de la raza de Luis el Fuerte, Eudo y Roberto I, y los últimos carlovingios, Luis de Ultramar y Lotario, como si ciñeran una doble corona. La Francia del Mediodía no había sido nunca más que un dominio anexo a la Francia del Norte. Los reyes merovingios y carlovingios habitaron en ella raramente: la consideraban como país extranjero que se dividían como botín de guerra y donde iban a hacer cabalgadas y a saquear el país. En el siglo IX el régimen feudal se difundió allí como en otras partes, pero el espíritu aristocrático y militar era allí menos intenso. Por lo demás, se hablaba allí otra lengua, la *lingua provincialis*, el provenzal ó la lengua de *oc*, más semejante al latín por la sonoridad y la armonía. Una civilización menos ruda, más tolerante para los inferiores, hasta para los judíos; las diferencias de condición menos marcadas entre las clases sociales; la conservación de grupos numerosos de hombres libres, propietarios de alodios, que dependían solamente del alto señor; el uso del derecho romano conservado en las costumbres locales y en los actos judiciales; la mayor importancia política de los burgueses ricos: todo, en

fin, distinguía a los aquitanos de los franceses propiamente dichos. Otras costumbres, otra organización social, casi puede decirse otra nación. Hombres del Norte y hombres del Mediodía se frecuentaban poco, se entendían mal y no se tenían mucha voluntad.

II.—El Norte

Al extremo Norte, en la región baja, donde termina, entre la meseta de los Ardenas y el mar, la gran depresión europea, el condado de Flandes que limita por un lado el río Escalda, se extiende por el otro sobre el litoral francés hasta la Cancha. Comprende así la plana marítima de Gante, Brujas é Ipres, villas flamencas, con su dialecto germánico, y el país «walón,» en el que las gentes de Lila, Douai, Arras y San Omer hablan un dialecto contraído y duro, la forma más septentrional y más alterada del idioma francés. Con sus fértiles praderas cruzadas de canales, su población robusta y exuberante, sus villas ya repletas de mercaderes y de obreros, sus numerosos castellanos que empiezan a formar casi en todas partes líneas hereditarias, sus condados vasallos de Boulogne, de Guines y de San Pol, Flandes es un feudo compacto, imponente, destinado por su situación entre Francia, Inglaterra y Alemania al más brillante porvenir.

Al Oeste, si el rey de Francia quiere ir más allá de Nantes, viene a toparse con el «ducado de Normandía,» potencia a la cual sus orígenes y el carácter de su constitución política dan una fisonomía bien marcada. A los antiguos piratas escandinavos, a los normandos, pertenecen la antigua ciudad de Ruán, con su arzobispo y su corporación de mercaderes marítimos, las villas episcopales de Evreux, de Bayeux, de Séz, de Lisieux y de Coutances, los centros comerciales de Caen y de Alençon, el puerto de Dieppe, la ricas abadías de Jumièges, de Saint-Wandrille y de Fécamp. El tratado de Saint-Clair-sur-Epte, que cedió la Neustria marítima a los compañeros de Hrolf ó Rollón, no había hecho más que cerrar una inmigración empezada en fecha muy remota. En esa tierra nutritiva y atrayente entre todas, el jefe normando había hallado compatriotas ya establecidos en muchos lugares. El estudio de los nombres de lugares de la provincia y hasta el de los vocablos del dialecto normando que son de origen escandinavo; el examen del tipo físico (aún caracterizado hoy día) de los aldeanos de Bessin y de Cotentin, prueban cuán numerosos debieron ser los invasores. No por ello habían dejado de sufrir, como siempre sucede, la influencia de la civilización indígena, superior a la suya, de modo que al cabo de una generación la población galo-franca había impuesto a la mayoría de los invasores la lengua romana y la religión de Cristo. Profundamente transformados, esos paganos arraigaron en la patria adoptiva, y la Normandía del siglo XI será una de las provincias en que se manifestará de modo más esplendente el genio francés.

Los «condados de Blois y de Champaña» envuelven al Este y al Sur las tierras del rey. Estrechamente emparentadas, las familias que están investidas de aquellos condados poseen la mayor parte de la Brie, la meseta de Champaña, la Beauce chartresiana, las laderas del Blésois y de la Turena, los pantanos de la Sologne y

un rincón del Berri. Son dueñas de Provins, Troyes, Chartres, Blois, Tours, Vierzon y Sancerre. Pero todas esas posesiones no forman una masa compacta y coherente. La dinastía de Blois sufrirá tanto más de la dispersión de su feudo, terreno mal preparado para un gobierno fuerte, cuanto que observa mejor que ninguna otra la costumbre germánica de la división de la herencia y no cesará de rechazar las ventajas del derecho de primogenitura. Y sin embargo, el señor a quien pertenece este dominio separado en fragmentos ocupa una situación de primer orden en el mundo feudal. Lleva el título de «conde palatino,» recuerdo de la era carlovingia. El papel importante que desempeñará en la historia general de los siglos XI y XII es debido sobre todo a la posición de sus dominios, que limitan por muchos lados los dominios del rey de Francia. Por espacio de cerca de doscientos años será el adversario constante de la realeza.

Los «condes de Anjou,» antiguamente simples vizcondes, ascendieron en la jerarquía cuando el duque de los francos, su señor, se hubo apoderado de la corona. Habían ido creciendo poco a poco, durante la noche del siglo XI, en el país adonde el Maine lleva el tributo de sus tres ríos. Su feudo, con las capitales, Angers y Saumur, posee la unidad que falta al de Blois, y cuando se habrá acrecentado con la Turena y el Maine, sus anexos naturales, se colocará en primera fila de los grupos del feudalismo. A pesar del antiguo dicho atribuído a César sobre los *Andecavi molles*, los angevinos del siglo XI son rudos soldados, aguerridos por sus luchas perpetuas contra los invasores normandos y bretones que intentaban remontar el valle del Loira. Empezaron por encantar el Poitou y la Bretaña y acabarán por anexionarse, al cabo de ciento cincuenta años, la mitad de Francia y la Inglaterra.

Bajo los Capetos como bajo los Carlovingios, la Bretaña quedaba siendo una nación aparte y cerrada, con la cual la realeza tuvo muy pocas relaciones. Si aún hoy mismo esta «isla continental,» que no ha servido de camino de emigración a ningún pueblo y se encuentra fuera de las grandes vías de comercio, conserva con obstinación su raza, su lengua, sus usos y sus creencias de otros tiempos, se puede juzgar del aspecto original que ofrecía al principio del siglo XI. Una verdadera tierra de salvajes, al decir de los cronistas de aquel tiempo que hablan, es verdad, de los bretones celtisantes como puede hablarse de pueblos remotos cuyo idioma no se comprendía: país de usos primitivos, en el que los curas y los obispos tenían la costumbre de casarse y de transmitir los cargos a sus hijos. En esa iglesia bretona, enemiga de toda dominación extranjera, sólo con mucho trabajo introdujeron los Papas su supremacía y su moral. Desde el siglo IX, para hacerse provincia independiente, la iglesia bretona había roto con el arzobispado de Tours y hecho del obispo de Dol un metropolitano. Los obispos de Cornuailles, León, Dol, Aleth (Saint-Malo), Saint-Brieuc y Tréguier no eran más que antiguos monasterios transformados, porque durante mucho tiempo la Bretaña fué por excelencia, como Inglaterra, la tierra de los monjes, y los abades omnipotentes ejercían allí el episcopado. Sus diócesis, correspondientes a la distribución de los armoricanos en tribus, son las verdaderas divisiones territoriales del país, de la misma manera

que la parroquia (*plou*) y el caserío ó la capilla (*tref*) forman allí las subdivisiones reales.

El poder secular pertenece á un jefe principal llamado «conde,» «duque» y hasta algunas veces «rey,» como en la época carolingia. En segundo término figuran los príncipes hereditarios ó «machtiern,» reyezuelos de cantones, rodeados de nobles y de hombres libres con los cuales administran justicia y que les han jurado fidelidad. Esta organización de la nobleza bretona, ya feudal por muchos rasgos, se remonta por lo menos al siglo ix. Se adaptó, pues, fácilmente al régimen señorial, tal como se establecía en todos los puntos de Francia. A la Baja Bretaña, donde se hablaba un dialecto céltico, se opone la Bretaña francesa, con sus centros principales, Rennes y Nantes. Nantes, sobre todo, civilizada por el comercio con los angevinos y los del Poitou, se niega á sufrir el yugo de los bretones que habitan en los peñascos del Oeste ó los matorrales del interior. Vanes, Quimper y León se separaban, por un antagonismo casi irreducible, de los condados limítrofes del extranjero. Así fué que el feudalismo se implantó en la zona francesa con más vigor, multiplicando los castillos y los señoríos militares: Rais, Clisson, Ancenis, Vitré, Fougères, Combourg. La preponderancia política pertenece á Rennes, cuyos condes se disputan el título de duque, poder precario, muy diferente del que ejerce el alto señor feudal en Normandía ó en Anjou.

Al otro extremo del reino, en los valles del Alto Sena y del Saona, la Francia del Norte y el dominio de la lengua de *oil* terminaban en el ducado de Borgoña. Antiguamente, bajo una primera línea de duques ó de marqueses hereditarios, cuyo fundador había sido Ricardo el Justiciero (887), el ducado (Dijón) y el condado de Borgoña (Besanzón) no formaban más que un solo dominio. A mediados del siglo x se había hecho la separación entre la Alta y la Baja Borgoña; el Saona marcaba en adelante el límite entre el reino de Francia y el imperio alemán, y el ducado francés, convertido poco á poco en hereditario, cayó entre las manos de los descendientes de Roberto el Fuerte. El duque de los francos, Hugo el Grande, lo agregó á su Estado, ya muy vasto, y lo legó á su hijo menor; de donde provino una segunda dinastía ducal que se extinguió á principios del siglo xi con el Robertiano Enrique el Grande. En otra parte veremos de qué manera el rey de Francia, Roberto el Piadoso, conquistó la Borgoña. Su sucesor, Enrique I, la abandonó para transmitirla en plena propiedad á su hermano Roberto, tronco de una tercera dinastía que, sin ser brillante, será de larga duración (1031 á 1383).

De este gran feudo dependen importantes grupos señoriales: los condados de Nevers, de Sens, de Troyes, de Chalón, de Macón, los señoríos de Semur y de Beaujeu, feudalismo turbulento y difícil de dominar. No es él, sin embargo, quien atrae y fija las miradas. En Borgoña, los señoríos eclesiásticos y ricamente dotados, propietarios de vastos dominios y de numerosos siervos, ocupan el sitio de honor. Los obispos de Macón, de Chalón, de Auxerre, sobre todo los de Autún y de Langres, no dependen del duque, sino del rey, lo cual les asegura la independencia. Allí se multiplicaron las grandes abadías, Cluni, Vezelay, Flavigni, Tournus, San Pedro de Bèze, Pothières, San Benigno de Dijón, que sólo pertenecen

á Dios ó al Papa. Delante de este poder del clero, todo se borra: el duque de Borgoña, á pesar de su título, no es más que un simple barón, desprovisto de poder y de dinero.

III.—El Mediodía

El título de duque de Aquitania, á fin del siglo ix, evocaba la idea vaga de una supremacía que se extendía sobre Tolosa, Narbona y Montpellier, como también sobre Poitiers, Limoges y Clermont. Todas las dinastías feudales implantadas al Sur del Loira tratan de acapararlo: condes de Poitiers, vizcondes de Limoges, condes de Auvernia, condes de Tolosa, marqueses de Gothie, todos se lo disputan con encarnizamiento. Pero poco á poco se realiza un trabajo de simplificación y de subordinación que limita la competencia á dos familias: la de los condes de Poitiers, preponderante en el valle del Loira, y la de los condes de Tolosa, dueña del valle del Garona. Esta disputa, que llena el siglo x, puso en fuertes apuros á los reyes de Francia de aquella época, que conservaban aún el derecho de conferir el ducado de Aquitania en beneficio. Parece que quisieron resolver la dificultad de la manera más ventajosa á su propio poder, favoreciendo alternativamente á cada uno de los señoríos rivales. En 932, por voluntad del rey Raúl, el ducado pertenecía al conde de Tolosa, Raimundo Pons; en 951, por orden de Luis de Ultramar, se transfirió á Guillermo Cabeza de Estopa, conde de Poitiers.

A fin del siglo x, las pretensiones de los duques de Francia complicaron aún más el debate. No contentos con substituir su autoridad á la de los carolingios en la Francia propiamente dicha, quisieron también gobernar, de lejos y desde arriba, la región del Mediodía. Hugo el Grande disputa el condado de Poitiers á Guillermo Cabeza de Estopa. Hugo Capeto se hace adjudicar por el rey Lotario el título de duque de Aquitania. En fin, cuando los reyes carolingios desaparecen, el pleito está juzgado. El ducado de Aquitania pertenecerá en adelante á la línea de los condes poitevinos y la Auvernia formará parte de su territorio. El Gévaudan (Mende) y el Velay (Le Puy), suspensos durante algún tiempo entre los dos grandes dominios del Mediodía, vendrán á quedar un poco más tarde bajo la supremacía de Tolosa.

Al empezar el siglo xi, cuatro señoríos principales, el de los duques de Aquitania, el de los duques de Gascuña, el de los condes de Tolosa y el de los condes de Barcelona, se reparten los pueblos meridionales: cuatro realzas de hecho, sobre las cuales el rey Capeto, demasiado distante y demasiado débil, no puede ejercer ninguna acción. Debe considerarse feliz cuando buenamente quieren reconocerle é inscribir su nombre y el año de su reinado en las actas públicas emanadas del poder soberano de dichos señores.

El «ducado de Aquitania,» el Estado feudal más extenso de Francia, comprende todo el centro del país. En este cuadro un poco artificial ocupan un sitio las regiones más desemejantes: llanuras del Berri y del Borbonés, laderas del Poitou y del Angoumois, sotos y litoral de la Vendée y de la Saintonge, bancales escalonados del Périgord, altas mesetas graníticas del Lemosín, y para dominar el conjunto, las grandes montañas

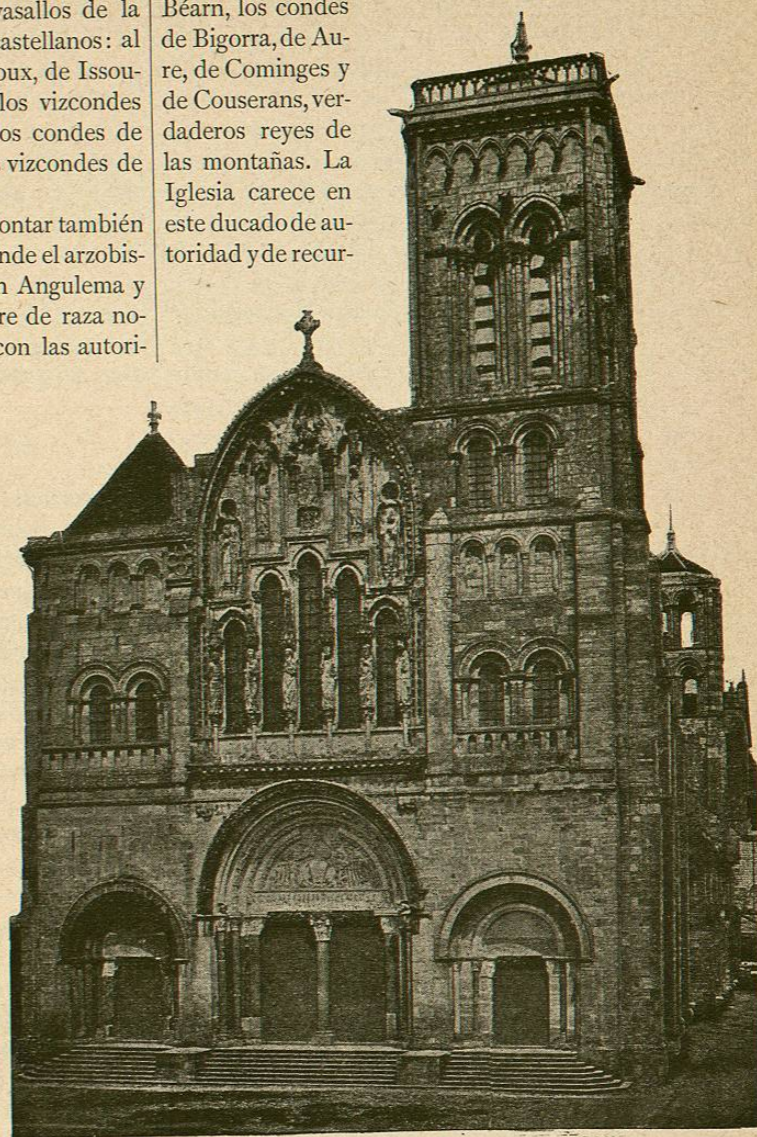
de la Auvernia. A la diversidad de las condiciones geográficas corresponde la diversidad de idiomas: francés en la parte llana (Berri, Poitou, Saintonge, Angoumois), provenzal en las tierras altas (Lemosín, Périgord, Auvernia). El suelo está allí cortado en señoríos mucho más poderosos que los de los vasallos de la Francia septentrional, que son simples castellanos: al Norte, los señores de Déols ó de Châteauroux, de Issoudun, de Borbón, el conde de la Marca, los vizcondes de Thouars y de Châtelleraut; al Sur, los condes de Auvernia, de Périgord y de Augulema, los vizcondes de Turena y de Limoges.

El señor feudal de la Aquitania debe contar también con la Iglesia, muy fuerte en el Berri, donde el arzobispo de Bourges es el señor dominante; en Angulema y en Limoges, donde el obispo, casi siempre de raza noble, pasa su vida en luchas sangrientas con las autoridades laicas. Gracias á los santuarios célebres de Charroux, de Saint-Maixent, de San Hilario de Poitiers, de San Juan de Angeli, de San Marcial de Limoges, de Nuestra Señora de Saintes, el monje es á su vez gran propietario y soberano. El duque de Aquitania que quiera hacer reinar el orden en semejante feudo, el menos homogéneo de todos los Estados señoriales, es preciso que esté dotado de un gran temple de cuerpo y de espíritu.

En la Gironda empieza el «ducado de Gascuña,» que por otra parte limitan de una manera precisa los Pirineos y el Océano. Domina también allí la lengua de *oc*; pero el «gascón,» por sus caracteres originales, tiene con España casi tanta conexión como con la Francia del Mediodía. El fértil valle del Garona inferior y la gran llanura landesa, llena de malezas y de pantanos, se encuentran reunidos con las colinas del Armagnac, en forma de abanico, y con los valles pirenaicos que vierten sus aguas en el Adour. En el extremo rincón Sudoeste vive obscuramente, ya aislado como hoy, el pequeño pueblo de orígenes misteriosos, los vascos, próximos parientes de los gascones, pero de un parentesco que se pierde en la noche prehistórica. Región compleja, como se ve, y tan poco favorable como la Aquitania al establecimiento de un poder único.

Los gascones habían tenido desde Carlos el Calvo su existencia independiente y su dinastía particular de duques, al principio amovibles y después hereditarios. Pero la jurisdicción de esos duques era mucho más extensa que el territorio que realmente dominaban. En propiedad casi no poseían más que la parte occidental de Gascuña; el condado de Burdeos con la gran ciudad, donde iban á hacerse coronar por el arzobispo en la basílica de Saint-Seurin, y el condado de Gascuña, es decir, la región de las Landas, de la Soule y del Labour. En todas las demás partes se desarrolló una vegetación espesa y tenaz de grandes vasallos y de castellanos indepen-

dientes: á orillas del Garona los vizcondes de Bezaume, de Castillon, de Fronsac, de Lomaña; en el Armagnac, cuatro condes salidos de la casa ducal, pero absolutamente ajenos en sus dominios (Fézenzac, Astarac, Armagnac y Pardiac); en los Pirineos el vizconde de Béarn, los condes de Bigorra, de Aure, de Cominges y de Couserans, verdaderos reyes de las montañas. La Iglesia carece en este ducado de autoridad y de recur-



Fachada occidental de la iglesia de Vezelay

El arzobispo de Auch, jefe espiritual de la Gascuña, no es obedecido fuera de su propia diócesis; el arzobispo de Burdeos tiene todos sus sufragáneos en Aquitania; y los obispados del Oeste, Lescar, Olorón, Dax, Aire, Bazas, están estrechamente sujetos la poder laico. Las abadías de esta comarca, tales como Sordes, San Severo y la Réole, están muy lejos de ser asilos de paz y de recogimiento. Esos monjes gascones se batan con los señores vecinos, sostienen entre sí disputas del peor género, mutilan y hasta asesinan á sus abades, como lo hicieron en 1004 los de la Réole, que asesinaron á Abbon de Fleuri. Nación todavía salvaje, á la que los odios de raza, más ardientes en su frontera que en todos los demás lugares, separan violentamente de los aquitanos y con más fuerte razón de los franceses.

El conde de Tolosa tiene por dominio feudal el valle medio del Garona, con la gran depresión en que domina Tolosa, el valle del Ariège, las altas mesetas del

Quercy, del Albigeois y del Rouergue, las montañas del Gévaudan y del Velay, en fin, las cuencas de los pequeños ríos mediterráneos: el Aude, el Hérault y el Gard. Es el Langüedoc, el verdadero Mediodía, más extraño á la Francia del Norte y al rey de París que todo lo demás del reino. En el siglo x la mayor parte de los señores del Langüedoc habían persistido en su fidelidad á la familia carolingia, y negándose, con una obstinación más ó menos duradera, á reconocer á los reyes de origen feudal, que vinieron á interrumpir la serie de los últimos sucesores de Carlomagno. Los dos primeros Capetos tendrán algún trabajo en conseguir que se acepte una autoridad virtual, y prolongándose la resistencia, los últimos lazos efectivos del Langüedoc con los hombres de la lengua de *oïl* quedarán rotos. ¡Extraño vasallo el jefe de la dinastía tolosana! No presta homenaje á la realeza (por lo menos hasta el siglo xii), no asiste á las consagraciones, no envía ningún contingente al ejército real y solamente se toma la molestia de poner en sus cartas las fechas de los años de reinado del soberano feudal. Obrando como si el rey no existiera, realiza el ideal del alto feudalismo. No le falta más que ser obedecido de sus propios vasallos.

Los condes de Comminges, de Foix, de Carcasona y de Rodez, los vizcondes de Albi, de Nîmes, de Narbona, de Agda, de Béziers, de Minerve, son poderosos señores que en realidad no dependen más que de su espada. La misma Iglesia es independiente. La mayor parte de los obispos del Langüedoc, en Narbona, en Lodève, en Mende, en el Puy, en Maguelona, tienen vastos dominios en los que gozan del poder temporal, y pretenden no ser vasallos más que del rey, es decir, de nadie. Las antiguas abadías carolingias, Figeac, Moissac, Conques, Vabres, el Mas-Grenier, Lézat, Alet, tienen también mando sobre numerosos grupos de vasallos, de burgueses y de campesinos.

El último de los grandes principados del reino, el más lejano de París y del rey, el «condado de Barcelona», formado de Cataluña y del Rosellón, cabalga sobre las dos vertientes de los Pirineos. Pero todo le une entonces á Francia más que á España, su lengua, sus afinidades intelectuales y el lazo político. Constantemente amenazados por los sarracenos, los caballeros de esta «Marca Hispánica», centinelas del reino carolingio, habían permanecido fieles á su origen. En el siglo x habían subsistido, á pesar de la distancia, relaciones continuas entre los últimos sucesores de Carlomagno y este dominio feudal de vanguardia. Los reyes del Norte prodigaban los privilegios á las iglesias de Elna, de Urgel, de Vich, de Gerona, de San Miguel de Cuxá, de San Martín de Canigó. En cambio, las cartas de los condes de Barcelona y de sus vasallos, los condes de Rosellón, de Cerdeña, de Besalú, de Ampurias, de Urgel, de Ausona, estaban cuidadosamente fechadas según los años de reinado de los soberanos franceses. La revolución dinástica de 987 no cambió en nada la actitud de los catalanes, que fueron los primeros en reconocer la nueva dinastía real. Quedarán mucho tiempo unidos á Francia por el lazo religioso. Al principio del siglo xi, el arzobispo de Narbona, jefe espiritual de la antigua Gothia, ejerce aún el poder del metropolitano sobre la Cataluña como sobre la Narbonense. En cuanto al jefe político de la región, el conde de Barcelona, sucesor

del primer conde hereditario (875), Wifredo *el Velloso*, los árabes le llaman «el rey de Afranck.» El mismo se titula en sus cartas «duque de Gothia y marqués de los aquitanos.» Goza de independencia efectiva; pero no olvida (y lo recordará hasta la época de Felipe-Augusto) que su condado es un feudo francés.

Tal nos aparece, brevemente bosquejada, la Francia feudal y eclesiástica, á la época del advenimiento de los Capetos. La dominan, en teoría, por su título; pero no la poseen. Su realeza no es más que un eslabón de la larga cadena de los señoríos. Sobre el terreno así dividido reinan dinastías de príncipes, cuya vida, aventuras y luchas van á constituir por espacio de dos siglos la historia de Francia. Los señores del Norte, mejor conocidos que los del Mediodía, nos darán, sobre todo, la idea de la existencia agitada de esta nobleza que no sabe más que batirse y conquistar, sin preocuparse para nada del gobierno.

IV.—Las dinastías. Los condes de Flandes (1)

Los condes de Flandes, llamados de padres á hijos Arnaldo, Balduino ó Roberto, son vasallos del rey de Francia en la mayor parte de su dominio, y del emperador por lo que se refiere á las tierras de Alost, de Grammont y de Quatre-Métiers (Flandes imperial). Su tendencia es no obedecer á ninguno de estos dos señores feudales y engrandecerse á expensas de los mismos.

Al Imperio quieren tomarle Cambrai, que su obispo sabrá defender; más allá de las bocas del Escalda su codicia acecha las islas de Zelandia y las tierras inundadas de los holandeses; pero lo que desean, sobre todo, es el país de Mons y de Valenciennes, el Hainaut. A fuerza de paciencia y de diplomacia, por las alianzas matrimoniales aún más que por las conquistas, acaban por establecerse allí desde mediados del siglo xi. Flandes y Hainaut conservan su existencia distinta; tendrán á veces gobiernos separados, pero quedarán en poder de la misma casa.

A la dinastía de los Capetos los condes de Flandes le disputan el Ponthieu; aspiran al Vermandois, y avanzan lentamente sobre Amiéns. Para detener á esos ambiciosos, franceses é imperiales en varias ocasiones han creído necesario coligarse. El emperador, sobre todo, no cesa de emplear el rigor contra la Flandes invasora, siempre pronta á sostener las revueltas del feudalismo lorenés. Los condes no ignoran que su principal enemigo está en Alemania; por ello buscan generalmente la amistad de los señores feudales franceses hasta el punto de anudar con ellos lazos de familia. Convertidos en aliados políticos y en parientes de los Capetos, no dejan, sin embargo, de conservar con un cuidado celoso su independencia de príncipes feudales. En al-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Warnkönig, *Flandrische Staats und Rechtsgeschichte bis zum Jahre 1305*, 1835-42, y la traducción de Gheldolf, 1835-64, menos completa, pero enriquecida con útiles apéndices y documentos justificativos. Kervyn de Lettenhove, *Histoire de Flandre*, 1847-50. Leglay, *Histoire des comtes de Flandre jusqu'à l'avènement de la maison de Bourgogne*, 1853. Henri Pirenne, *Histoire de Belgique*, tomo I, 1900. De Smyttere, *Robert le Frison, comte de Flandre, et la bataille du Val de Cassel en 1071*, 1890. Schmiele, *Robert der Friese*, 1872. Giry, *Grégoire VII et les évêques de Thérouanne* en la «Revue historique», año 1876.

gunas actas del siglo x, su baronía se llamaba ya «la monarquía de Flandes;» á fines del siglo xi, el conde Roberto II continúa titulándose «monarca de los flamencos.» Ningún obstáculo serio, en el interior, limita su autoridad. No tienen enfrente más que un obispo, el de Thérouanne, desprovisto de poder temporal. No han de temer ni á las ciudades, de las que no se ha apoderado todavía la fiebre comunal, ni á sus vasallos, pequeña nobleza cuyos dominios exiguos no se extienden más allá del territorio adyacente á un castillo. Entre los jefes de esta dinastía turbulenta, Balduino V, Roberto *el Frisón* y Riquilda han atraído sobre todo la atención de los contemporáneos.

Balduino V, llamado también Balduino de Lila, ciñó por espacio de más de treinta años (1036-1067) la corona del condado. De este reinado data la grandeza de la casa. Siempre en movimiento y en guerra, obliga al conde de Holanda á reconocer su señorío sobre el archipiélago zelandés, se liga con él y con el duque de Baja Lorena contra el emperador Enrique III y va á quemar el palacio imperial de Nîmega. Para efectuar la reunión de Flandes y del Hainaut, va hasta Mons á apoderarse, á mano armada, de la heredera de este último país, Riquilda, y la casa con su hijo

1036 Balduino. Alemania trata de tomar su desquite; en 1054, un ejército imperial inunda Flandes, pero pasa como un torrente, después de haber devastado la Esclusa y Tournai. Balduino V, sólidamente parapetado tras del Escalda, desafia los esfuerzos de Enrique III, que se estrella delante de Lila. Los disturbios de la minoría de Enrique IV reducen el Imperio á la impotencia, y queda la victoria por el conde flamenco.

La situación preponderante que éste ocupa en el Norte se consolida con afortunadas alianzas. Cuñado del rey de Francia, Enrique I, suegro de Guillermo *el Conquistador*, protege y hasta gobierna la casa capeta durante algunos años, como tutor del joven rey Felipe, mientras ayuda á su yerno á apoderarse de Inglaterra. Este flamenco, enemigo de Germania, ha establecido su capital en país francés; el centro de su Estado no es Gante ó Brujas, sino Lila, donde ha reconstruido el castillo y fundado la colegiata (San Pedro). Con sus tres iglesias, su palacio condal, su mercado importante, su escuela de San Pedro, que pronto alcanzó fama, la capital de los valones está en vías de un rápido crecimiento. Gracias al favor de Balduino y al temperamento militar de sus habitantes, hace una gloriosa entrada en la historia.

El verdadero sucesor de Balduino V no fué su hijo primogénito, Balduino VI ó de Mons, que gobernó

1067 Flandes después de él y no hizo más que pasar (1067-1070), sino su hijo menor, Roberto *el Frisón*. Era éste de la raza de los corredores de carreteras, á quienes veremos pasear por todas partes su actividad exuberante y asombrar á Europa por la variedad de sus aventuras. El carácter vagabundo de Roberto le arrastra desde su más tierna juventud á buscar fortuna en España. Su padre, contento de librarse de este muchacho agitado y de alejar de Flandes una causa de disturbios, le da hombres y buques. Roberto desembarca en Galicia y empieza por hacer lucrativas incursiones en terreno de los infieles; pero los sarracenos, de pronto sorprendidos, se rehacen y empujan á los flamencos hasta el mar.

Obligado á volver al feudo paterno, Roberto organiza inmediatamente una nueva expedición, esta vez hacia Noruega. Una tempestad destruye sus buques y le arroja desnudo á la playa. No se desanima por esto, recluta un pequeño ejército de mercenarios normandos y se dirige por tierra hacia la parte del Imperio bizantino. Su sueño es el de crearse en Grecia un dominio feudal, y muchos otros occidentales seguirán después este ejemplo. Para mayor seguridad, sus compañeros, divididos en pequeñas bandas, han tomado el hábito de peregrino; pero el emperador griego, advertido, hace dar muerte á los primeros que llegan. Roberto vuelve otra vez á su casa como fugitivo. En fin, en 1061, encuentra á proximidad de su país natal un terreno de conquista más favorable. La viuda del conde de Holanda, Florente I, tenía necesidad de un hombre activo y valeroso que defendiera su feudo contra los barones vecinos y contra los salvajes aldeanos de la Frisia. Roberto se presenta, rechaza las bandas frisonas, se casa con la viuda para protegerla mejor, y de este modo se hace el regente de Holanda durante la menor edad de los hijos del difunto.

La crisis más grave de su vida comenzó cuando murió su hermano, el conde Balduino VI, dejando dos hijos pequeños. El primogénito, Arnaldo, hereda el condado de Flandes; el menor, Balduino, el condado de Hainaut; pero el primero está bajo la tutela de su tío Roberto, y el segundo bajo el gobierno de su madre Riquilda, mujer enérgica y muy capaz de hacer frente al *Frisón*. Una guerra de exterminio estalla pronto entre los dos regentes, alimentada por los odios de raza que animan unas contra otras á las poblaciones flamencas y valonas. Riquilda se aprovecha del alejamiento de Roberto, ocupado entonces en batirse contra los enemigos de Holanda; se apodera de la tutela de Arnaldo y del condado, levanta nuevos impuestos y obra como soberana absoluta. Según unas relaciones menos dignas de fe, hasta habría hecho cortar la cabeza á sesenta burgueses de Ipres, encargados de dirigirle algunas quejas, y estaba dispuesta á tratar de igual manera á los representantes de Gante y de Brujas. Su dureza le enajena simpatías; los emisarios de Roberto *el Frisón* son acogidos con júbilo en toda la comarca, y el mismo Roberto aparece, dispuesto á librar la batalla decisiva. Detestada en Flandes, Riquilda acude al exterior. Contrata como asalariado al Capeto Felipe I y se asegura el concurso de Normandía, casándose con uno de los más poderosos personajes de aquel país, Guillermo Osbern. Una batalla sobre la cual sólo se tienen noticias confusas y contradictorias, se libra el 21 de febrero de 1071 en Bavinkhove, al pie del monte Cassel.

1071 El resultado fué muy extraño. Riquilda perdió en ella á su hijo Arnaldo y á su nuevo marido Osbern; ella misma fué hecha prisionera; su aliado el rey Felipe, puesto en completa derrota. El mismo *Frisón* cayó también en poder del enemigo; pero canjeado con su rival, recobró pronto su libertad.

De regreso en el Hainaut, después de su vencimiento, Riquilda no desesperó todavía. Viendo que los franceses ya no podían hacer nada por ella, volvió sus miradas hacia el Imperio. Para procurarse dinero y hombres, dió un golpe de Estado feudal; transformó el Hainaut en un feudo vasallo del obispado de Lieja.